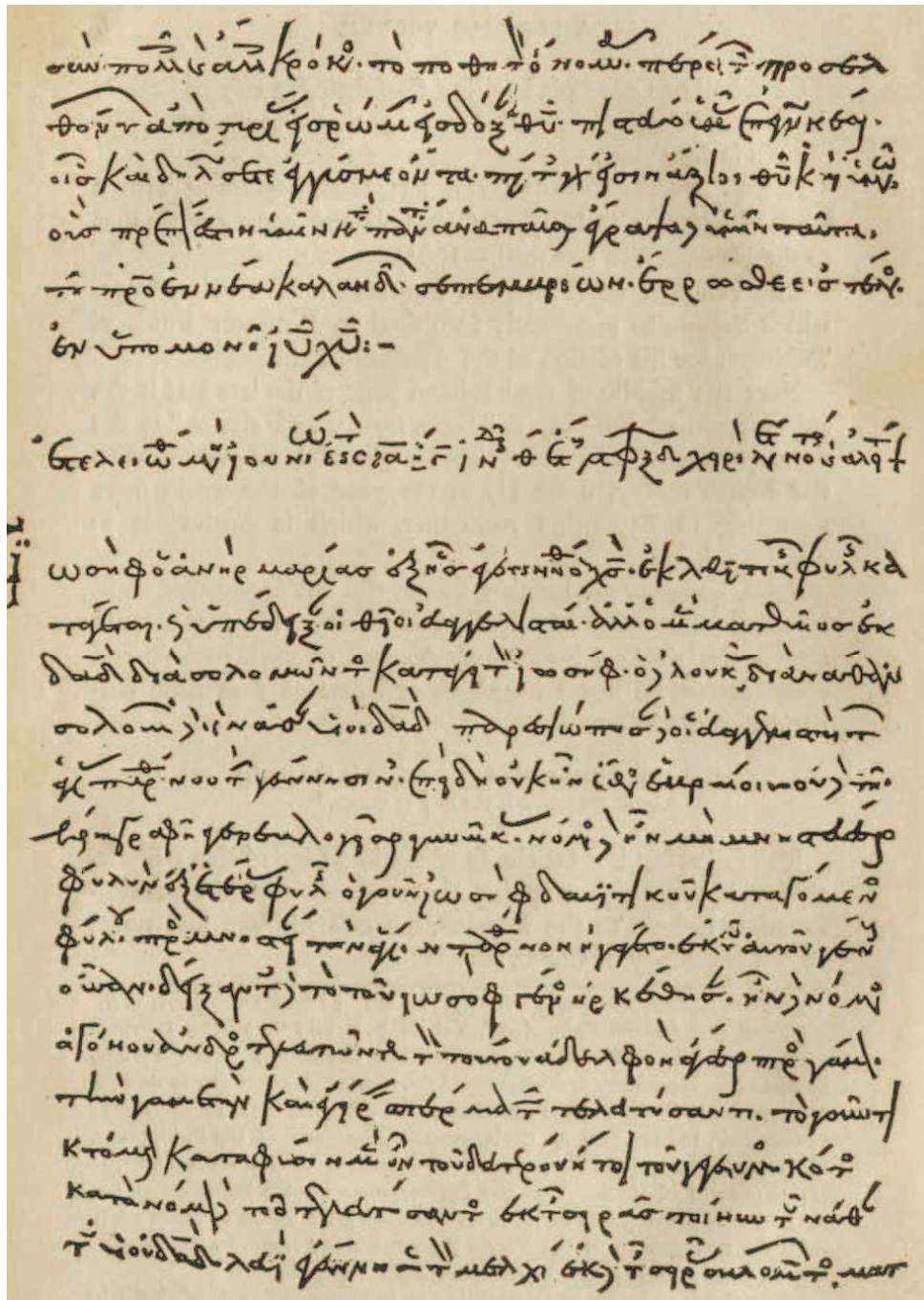


LOS PADRES DE LA IGLESIA



Fragmento del manuscrito que contiene "La Didajé"

Fascículo III "La Didajé" ó "Enseñanza de los doce Apóstoles"

Monte Grande
2008

Introducción a la Didajé

«Didajé» (también «Didakhé» ó «Didaché») es una palabra griega que significa «enseñanza» y con la que se suele nombrar sintéticamente a la obra denominada «*Instrucción del Señor a los gentiles por medio de los doce Apóstoles*» ó «*Doctrina de los doce Apóstoles*».

«La Didajé» es uno de los escritos más venerables y antiguos, constituyendo una colección de normas morales, litúrgicas y de organización eclesiástica que nos transmite un magnífico cuadro de la vida cristiana de los primeros tiempos de nuestra Iglesia. Se cree que este resumen breve de doctrina católica se encontraba destinado a dar la primera instrucción a los neófitos¹ o a los catecúmenos²; guiando, además, la conducta, la oración y la vida de la naciente cristiandad.

Este documento fue muy citado durante los primeros siglos del cristianismo (Eusebio de Cesarea †340, Atanasio El Grande †373, Rufino de Aquilea †410, Jerónimo de Estridón †419), sirviendo de modelo a otras obras de argumento disciplinar y litúrgico de confección posterior: *Didascalía* (mediados del Siglo III), *Traditio Hipoliti* (Siglo III) y *Constituciones Apostólicas* (fin del Siglo IV). Por su alto valor moral y formativo, en el Siglo IV Atanasio de Alejandría aconsejó su lectura como particularmente útil para la catequesis de los catecúmenos.

«La Didajé» puede ser definida como un verdadero y propio bosquejo de **manual de derecho canónico y de instrucciones litúrgicas**, y prototipo venerable de todas las colecciones posteriores de *Constituciones o Cánones Apostólicos* con que empezó el derecho canónico en Oriente y Occidente.

Época y lugar de composición

Se desconoce su autor, aunque se cree que probablemente se trató de un Judeo-Cristiano, quien manifestó por escrito algunas enseñanzas de la predicación apostólica y transcribió textos ya existentes. El lugar de su composición tampoco se conoce con certeza, pero se lo sitúa en suelo sirio o tal vez egipcio.

La obra anónima presenta rasgos de gran antigüedad, por lo que en la actualidad, el criterio casi unánime de los estudiosos acepta el argumento que le asigna **los últimos décimos del siglo I** (entre los años 80 y 100), pudiendo haber sido redactado incluso antes de la destrucción del Templo de Jerusalén (año 70 d.C.). Uno de los motivos de esta teoría se debe a la ausencia de citas de los Evangelios sinópticos³ (escritos entre los años 40 y 63), lo cual la ubicaría casi de manera contemporánea a algunos escritos del Nuevo Testamento.

Su hallazgo

El texto de «La Didajé» se había dado por perdido, hasta que fue hallado en forma íntegra por Filoteo Bryennios (Arzobispo griego de Nicomedia —Patriarcado de Jerusalén—) en la biblioteca del Hospital del Santo Sepulcro de Constantinopla en el año 1875; el texto se encontraba en un códice («*manuscrito*») en pergamino que data del año 1057. Posteriormente, fue publicado por el mismo Filoteo en 1883 bajo el nombre de «*Doctrina de los Doce Apóstoles, del manuscrito jerosolimitano*», publicada ahora por primera vez». Gracias al hallazgo de este documento, se han extendido y profundizado ampliamente nuestros conocimientos sobre los orígenes de la Iglesia.

Actualmente el escrito hallado por el Arzobispo Bryennios se encuentra en la Biblioteca del Patriarcado Ortodoxo en Jerusalén.

Desde su descubrimiento, han surgido otras traducciones y fragmentos del texto señalado, por ejemplo: dos hojas de un libro en versión de bolsillo de «La Didajé» que data de fines del Siglo IV.

Estructura y contenido del documento

La Didajé se encuentra compuesta por 16 capítulos, generalmente muy breves, los cuales se encuentran agrupados en tres secciones y una última exhortación a estar vigilantes para la venida del Señor al final de los tiempos.

A continuación se presentarán cada una de las secciones, junto con una breve descripción de su contenido:

1ª Sección - Capítulos I al VI: Catequesis Moral.

¹ Referencia a los cristianos recién convertidos.

² Persona que se está instruyendo en la doctrina católica, con el fin de recibir el bautismo.

³ Los tres primeros Evangelios del Nuevo Testamento (San Mateo, San Marcos y San Lucas).

⁴ De Jerusalén

Contiene directivas sobre la catequesis moral a los catecúmenos, basada en la enseñanza elemental de los dos caminos que se le presentan al hombre: el del bien —que conduce a la vida— y el del mal —que lleva a la muerte eterna—, todo ello como método de formación. El texto comienza así:

“Dos caminos hay, uno de la vida y otro de la muerte; pero grande es la diferencia que hay entre estos caminos. El camino de la vida es éste: en primer lugar amarás a Dios, que te ha creado; en segundo lugar, a tu prójimo como a ti mismo. Y todo aquello que no quieras que se haga contigo, no lo hagas tú tampoco a otro.” (I, 1-2)

La descripción del camino de la muerte nos lleva al Capítulo V:

“Mas el camino de la muerte es éste: ante todo, es camino malo y lleno de maldición: muertes, adulterios, codicias, fornicaciones, robos, idolatrías, magias, hechicerías, rapiñas, falsos testimonios, hipocresías, doblez de corazón, engaño, soberbia, maldad, arrogancia, avaricia, deshonestidad en el hablar, celos, temeridad, altanería, jactancia.” (V, 1)

Desde el Capítulo II al IV se presentan una serie de consejos de orden moral que debe seguir el cristiano; seguidamente se transcriben algunos de ellos:

“Tu palabra no será mentirosa ni vacía, mas llena de obra.” (II, 5).

“No serás avaro, ni rapaz, ni hipócrita, ni malicioso, ni soberbio. No tramarás planes malvados contra tu prójimo.” (II, 6).

“Hijo mío, no seas mentiroso, porque la mentira lleva al hurto; tampoco codicioso, ni vanidoso; porque de todas estas cosas nacen los hurtos” (III, 5).

“No te ensalces a ti mismo, ni hinches con arrogancia tu alma. Tu corazón no se adhiera a los soberbios, mas se vuelva a los justos y humildes.” (III, 9).

“No seas como quien extiende las manos para recibir, y las cierra para no dar.” (IV, 5).

“No rechazarás al necesitado, mas compartirás todos tus bienes con tu hermano; no dirás de ninguna cosa: “Esto es mío”; porque, si compartís la suerte inmortal, cuánto más la suerte mortal.” (IV, 8).

“No abandones los mandamientos del Señor; mas guarda lo que recibiste, sin añadir ni quitar nada.” (IV, 13).

Resulta significativa la actualidad que se nos revela en este escrito, en el capítulo II se condena al aborto de manera explícita: *“...No cometerás aborto ni infanticidio...”* (II, 2). Esto nos habla de lo importante que fue, y que aún debe ser, la protección de la vida para el cristiano, especialmente durante la gestación y en los primeros años.

En el Capítulo IV se destaca la insistencia en la necesidad de la purificación previo a la oración en general: *“En la Iglesia⁵ confiesa tus pecados: y no te acerques a tu oración con mala conciencia. Tal es el camino de la vida”* (IV, 14)

Luego de lo expresado y a modo de resumen, cabe subrayar que, para «La Didajé», **la moral cristiana no es sólo una serie de preceptos a cumplir, sino algo mucho más importante: el camino de la verdadera vida.**

2ª Sección - Capítulos VII al X: Instrucción Litúrgica.

En esta sección se dan instrucciones y se presentan modelos para los ritos de la iniciación cristiana. Trata del modo de administrar el bautismo —puerta de los demás sacramentos—, del ayuno y la oración —muy practicados por los primeros cristianos—, así como también de la celebración de la Eucaristía.

Asimismo, estos capítulos son muy importantes para la historia de la liturgia; en primer lugar nos transmiten normas sobre el bautismo:

“Acercas del bautismo, bautizad de esta manera: Dichas con anterioridad todas estas cosas, bautizad en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en agua viva. Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua; si no puedes hacerlo con agua fría, hazlo con agua caliente. Si no tuvieres una ni otra, derrama agua en la cabeza tres veces en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” (VII, 1-3).

Según el pasaje anterior, el bautismo de inmersión en agua corriente (ríos y manantiales) era la forma más utilizada de administrar este sacramento. El bautismo por infusión se autorizaba en casos de

⁵ El término Iglesia, en aquel entonces, se utilizaba con el sentido de asamblea, de reunión de los fieles para la oración; pero también con el otro sentido de Iglesia Universal («Católica»), el pueblo nuevo de los cristianos, subrayando especialmente que esta Iglesia es una y santa.

necesidad, convirtiéndose ésta en la única referencia que se tiene de los siglos I y II acerca de esta forma de bautizar.

«La Didajé» contiene, además, un precepto explícito ordenando el ayuno, tanto del candidato como del ministro que oficiaba el sacramento, previo a la administración del bautismo (VII, 4).

En el Capítulo VIII se exhorta a ayunar los días miércoles y viernes, costumbre que iba directamente en contra de la práctica judía, ya que ésta guardaba los lunes y jueves como días tradicionales de ayuno (VIII, 1). Asimismo, en este mismo capítulo se establece el deber de rezar tres veces al día la oración dominical («Padre Nuestro») (VIII, 2-3).

Los Capítulos IX y X contienen las preces («oraciones») eucarísticas más antiguas que se conocen. A continuación se transcriben las utilizadas sobre el cáliz y la partición del pan:

Sobre el cáliz:

*Te damos gracias, Padre nuestro,
por la sagrada vid de David, tu siervo,
la cual nos enseñaste por Jesús,
tu Hijo y Siervo;
A Ti la gloria por los siglos. (IX, 2)*

Sobre la partición del pan:

*Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y el conocimiento,
que nos diste a conocer
por medio de Jesús, tu Hijo y Siervo.
A ti la Gloria por los siglos.
Como este pan estaba disperso sobre los montes y,
reunido se hizo uno,
así sea reunida tu Iglesia
de los confines de la tierra en tu reino.
Porque tuya es la gloria y el poder,
por Jesucristo, eternamente. (IX, 3)*

Como se puede apreciar en la oración anterior, es en «La Didajé» donde se realiza, por primera vez, la comparación de la unidad de la Iglesia con la del pan hecho de muchos granos de trigo que se hallaban antes dispersos por los montes.

Las oraciones que se reproducen a continuación eran utilizadas, después de la celebración de la Eucaristía, para dar gracias por los dones recibidos:

*Te damos gracias, Padre Santo,
por tu Santo Nombre
que has hecho habitar en nuestros corazones,
así como por el conocimiento,
la fe y la inmortalidad
que nos has dado a conocer
por Jesús, tu Hijo y Siervo.
A Ti la gloria por los siglos. (X, 2)*

*Acuérdate, Señor, de tu Iglesia,
para librarla de todo mal,
y hacerla perfecta en tu amor,
congrégala desde los cuatro vientos,
santificada, en tu reino, que le has preparado.
Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos. (X, 5)*

3ª Sección - Capítulos XI al XV: Disciplina Eclesiástica.

Esta parte del escrito trata sobre la disciplina de la comunidad cristiana y de algunas funciones eclesiásticas. Además, se explica brevemente el modo de celebrar el día del Señor (nuestro actual domingo), y se alude —entre otras— a dos costumbres que manifiestan la caridad cristiana de nuestros primeros hermanos en la fe: la hospitalidad y la corrección fraterna.

El Capítulo XI instruye sobre la asistencia a los que predicán sobre la Buena Noticia, fundamentalmente a los apóstoles y profetas —quienes seguían contando con una importante

relevancia—. Asimismo, enseña a los cristianos a cuidarse de los falsos profetas y apóstoles. Los fragmentos que se transcriben a continuación nos dan una visión general de lo que comentábamos:

“*Quien, pues, viniere a vosotros enseñándoos todo lo dicho anteriormente, a ése acogedle.*” (XI, 1).

“*Todo apóstol que llegue a vosotros, ha de ser recibido como el Señor*” (XI, 4).

“*Al partir, el apóstol no aceptará nada sino pan para sustentarse hasta llegar a otro hospedaje. Si pidiere dinero, es un falso profeta.*” (XI, 6)

En el Capítulo XII se regula la asistencia a los peregrinos, recordando la necesidad de que éstos trabajen para no ser gravosos a sus hermanos. Entre las recomendaciones a que alude este capítulo, se pueden citar las siguientes:

“*A todo el que viniere en nombre del Señor, recibidle. Luego examinándole le conoceréis por su derecha y por su izquierda, pues tenéis discernimiento.*” (XII, 1).

“*Si el advenedizo viene tan sólo de paso, socorredle todo lo posible. El, por su parte, no quedará entre vosotros más que dos, o según su necesidad, tres días.*” (XII, 2).

“*Si no sabe oficio alguno, proveeréis según vuestra inteligencia, para que no viva entre vosotros un cristiano holgazán.*” (XII, 4).

El Capítulo XIV nos revela que se practicaba una purificación previa a la celebración de la Eucaristía durante los domingos —lo que ahora conocemos como el «Sacramento de la Reconciliación»⁶—; pues dice «La Didajé»: “*Reunidos cada día del Señor, partid el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, para que sea puro vuestro sacrificio.*” (XIV, 1). En aquel entonces, quien absolvía era únicamente el obispo y se consideraban pecados gravísimos: el homicidio, la idolatría y el adulterio.

En ese texto, también se observa que, por primera vez, se hace referencia a la Eucaristía como «*sacrificio*», sustituyendo por la alabanza y la oración cualquier otro tipo de sacrificios.

Respecto de la jerarquía (Capítulo XV), no se describe con detalle su organización; se menciona a los obispos⁷ («*Episcopoi*») y diáconos («*Diaconoi*»), pero no se habla acerca de los presbíteros ni de la existencia de un episcopado monárquico; siendo aún considerable el papel que tenían dentro de la jerarquía los profetas itinerantes⁸. En definitiva, esto denota la progresiva aparición de una doble jerarquía ministerial: por un lado continuaban los apóstoles y profetas itinerantes, y por otro comienza a establecerse una jerarquía local de carácter estable, representada por los obispos y diáconos.

Exhortación final - Capítulo XVI: La Parusía⁹

Esta última parte de la obra comienza parafraseando la exhortación de Jesús a vivir vigilantes, a prepararse para la hora en la que el Señor vendrá.

¡Velad por vuestra vida! Que vuestras linternas no estén extinguidas ni desceñidos vuestros lomos; mas estad alerta, porque no sabéis la hora en que el Señor vendrá. Reuníos con frecuencia, solícitos de lo que aprovecha a vuestras almas. Pues no os aprovechará todo el tiempo que vivisteis en la fe, si no estáis perfectos en el último tiempo. (XVI, 1-2)

El Capítulo XVI finaliza con una síntesis de las principales enseñanzas escatológicas pronunciadas por el Maestro; el último párrafo refiere:

“*Entonces el mundo verá al Señor, viniendo sobre las nubes del Cielo.*” (XVI, 8)

⁶ Por esos tiempos no existía, es verdad, una teología de los sacramentos, ni se había fijado su número (todo ello ocurrió mucho después); pero en algunas lápidas sepulcrales y pinturas de las catacumbas aparecen símbolos del bautismo, de la confirmación, eucaristía y confesión.

⁷ Mencionados en su sentido etimológico de supervisor.

⁸ Que deambulan de un lugar a otro.

⁹ Regreso glorioso de Jesucristo al final de los tiempos.